

42 FESTIVAL INTERNACIONAL DE MÚSICA DE CANARIAS

Déjate atrapar por la música



© Andreas Hervau

ORQUESTA SINFÓNICA DE BAMBERG

Jakub Hrusa, Dirección | Sol Gabetta, Violonchelo

Gran Canaria | Auditorio Alfredo Kraus | **28 de enero 2026, 19.30h**
Tenerife | Auditorio de Tenerife | **29 de enero 2026, 19.30h**

PROGRAMA

ORQUESTA SINFÓNICA DE BAMBERG

Jakub Hrusa, Dirección

Sol Gabetta, Violonchelo

B. SMETANA (1824-1884)

Las dos Viudas - Obertura

7'

E. ELGAR (1857-1934)

Concierto para violonchelo en Mi menor op. 85

30'

- Adagio - Moderato
- Lento - Allegro molto
- Adagio
- Allegro - Moderato - Allegro, ma non troppo - Poco più lento - Adagio

Pausa

A. DVORÁK (1841-1904)

Sinfonía nº 7 en re menor, Op. 70 B.141

40'

- Allegro maestoso
- Poco adagio
- Scherzo. Vivace. Trío
- Finale. Allegro

Bedrich Smetana**Obertura "Las Dos Viudas"**

Fundador indiscutible del nacionalismo musical checo, Bedrich Smetana no vivió para ser reconocido como lo serían sus compatriotas Dvorak o Janacek. Sus primeros esfuerzos para labrarse una carrera como pianista virtuoso y vivir en el extranjero fracasaron. Volvió a Praga y se dedicó a aprender y enseñar checo, que había sido suprimido en favor del alemán. No olvidemos que Chequia pertenecía al gran imperio Austrohúngaro.

Su nombramiento como director del recién construido Teatro Provisional de Praga le supuso un gran revulsivo. Con una ingente producción, todas sus obras con voces serán en checo y por ellas fluirá un gran sentimiento nacionalista. Fue frenado por la aparición de la sordera en 1874 y derribado por una enfermedad mental una década más tarde, ambas trágicas complicaciones de la sífilis.

El novelista y dramaturgo francés Felicien Mallefille fue uno de los autores más relevantes del panorama europeo de mediados del XIX. Autor de teatro y novela –entre otras fue coautor junto a Alejandro Dumas de “Crímenes Célebres”–. Una de sus obras de teatro, “Las Dos Viudas” había llegado a Praga traducidas al checo por Emanuel Zungel. Smetana había quedado encantado con la obra por lo que convenció al propio Zungel reescribir la comedia en un libreto de ópera que trasladará la ambientación a la Chequia rural.

La obra es una ópera de salón donde los diálogos lo son todo. La historia es aparentemente muy sencilla. Dos primas jóvenes y atractivas, han enviudado recientemente y conviven en la finca de una de ellas. Karolina, dueña de la finca, es alegre y serena. Anezka, cerrada al amor, es triste. La aparición de un “cazador furtivo” que al final es un rico terrateniente, complica la situación. La obra fue comparada con el “Cosi Fan Tutte” de Mozart y Richard Strauss la consideraba una de las mejores óperas de su tiempo. Sin embargo, no se interpreta con asiduidad.

La obertura es clásica, en forma sonata. Un inicio de timbal y un tema de violines que corre al lado de los metales. Un tema lírico de la gran escena de Anezka, muy del compositor. Se regresa paulatinamente al vivo tema inicial y al tema del dúo entre el cazador y Karolina. Un crescendo y parece que la obra ha terminado, vuelve a oírse el tema lírico un instante y la obra se precipita a un final brillante que anticipa la polca con la que se cerrará la ópera.

Sir Edward Elgar**Concierto para violonchelo y orquesta, Op. 85**

Elgar fue violinista desde su niñez. A los 16 años llegó a tocar con la Orquesta del Worcester Club. Aunque abandonó pronto su idea de ser solista, siguió tocando y dirigiendo pequeñas y no tan pequeñas orquestas. Adquirió una gran experiencia en instrumentación al tener que arreglar y adaptar partituras complejas para estas

orquestas. A los 33 años empezó a escribir un concierto para violín. Lo concluyó y lo destruyó. Su respeto a un instrumento que amaba y su autocrítica fueron los motivos. Veinte años después, en plenitud de sus facultades, crearía el concierto de violín que todos conocemos. No obstante, su relación con el violonchelo fue muy distinta. Lo conocía perfectamente, pero no estaba totalmente seguro de sus posibilidades. Elgar comenzó a trabajar en el concierto para violonchelo en 1918, contando con la ayuda técnica de su amigo y solista Félix Salmond, que lo estrenaría el 27 de octubre de 1919 con la Orquesta Sinfónica de Londres con el propio compositor a la batuta.

Fue un fracaso desde el punto de vista técnico, debido a los pocos ensayos orquestales, pero no sólo fue eso, el público se sintió desconcertado ante la nueva voz con la que Elgar les hablaba. Sin duda, el “periodo otoñal”, como el propio compositor decía, está marcado por esta obra. A pesar de todo lo que amaba la vida en sociedad, en realidad era un hombre introspectivo y es posible que a la edad de 62 años, después de vivir la Gran Guerra y todas sus secuelas, con problemas económicos temporales y viendo como empezaba a debilitarse la salud de su mujer, Elgar escogiese su concierto de violonchelo para desnudarse y decir todo lo que sentía, aunque sólo fuese una vez.

Este concierto tardó mucho tiempo en estar habitualmente en las salas de concierto. Pablo Casals, en 1939, antes de la Segunda Guerra Mundial, lo incorporó a su reper-

torio. Jacqueline Du Pre, con un violonchelo regalado por el propio Casals, llevó este concierto por el mundo y lo situó en el lugar que se merece.

La obra incumple algunas de las reglas formales clásicas. Sus cuatro movimientos, en vez de tres, son inusuales. Igualmente inusual es la sección de metal: cuatro trompas, dos trompetas, tres trombones y una tuba opcional que dan un aire “pesado” a la obra, según la crítica del momento. Otro rasgo no habitual es la lenta introducción declamada por el solista, antes que las violas presenten el fluido tema principal del primer movimiento, que el solista recogerá inmediatamente. Desde el principio es una obra de virtuoso, ya que el solista presenta noblemente una introducción solemne y desafiante, sin esperar ninguna entrada preliminar de la orquesta. El violonchelo domina la escena en todo momento con una melodía hermosa que resuena apacible, calidad y firme. Es *“la luz de un sol invernal que penetra entre las sombrías nubes”*, como comentó un crítico de la época. El solista hace una intervención en un pizzicato. Los chelos y los contrabajos mantienen una nota baja, como un lazo de unión hasta el segundo movimiento. Después de un eco de la lenta introducción del movimiento anterior, el violonchelo presenta una especie de scherzo. Articulaciones rápidas del solista que contrastan con frases retóricas de la orquesta. Ese ímpetu continúa hasta el final del movimiento.

El tercer movimiento es corto y, dentro de su brevedad y expresividad, es el más importante de todos. Un solo tema emocionante de gran amplitud, se interrumpe con pausas

como suspiros. Es un bello tema para violonchelo al que le acompañan las cuerdas, los clarinetes y dos trompas. La frase que une todo el concierto viene buscando una respuesta que no encuentra. La nobleza del tema no puede ocultar su patetismo desalentador.

Intentando huir del movimiento anterior, el final estalla y el solista se expone a un desarrollo muy libre y atrevido. La animación se mantiene y parece que el concierto va a concluir alegremente. Oímos ecos de los movimientos anteriores. Se detiene con un pasaje lento y triste. Se intenta volver al ritmo inicial y es imposible. Un nuevo tema lírico y apasionado aparece. El solista entona el motivo inicial del concierto, establece con firmeza la tonalidad y bruscamente todo se reordena y finaliza la obra.

Antonin Dvorak

Sinfonía n.7 en re menor, op.70

Antonin Dvorak nació para ser carnicero y regentar una posada. Era el mayor de catorce hermanos, aunque sólo ocho llegaron a la edad adulta. Su padre le enseñó las artes de la matanza y el corte de la carne, y su madre, en las cuentas y cómo llevar el pequeño hostal. Sus dotes musicales aparecen desde muy temprano. A los tres años toca el violín y a los seis es solista de la banda y toca en la iglesia. Entre su padre en la carnicería con clientes y proveedores, su madre en la posada con huéspedes y el servicio y sus hermanos, a Dvorak le gusta desaparecer y estar solo. Esa soledad la buscará toda la vida y será muy inspiradora. Una de sus aficiones, que mantendrá

toda su vida, es ir a la estación de ferrocarriles y ver y oír a los trenes pasar. Consigue distinguir cada locomotora por el sonido que emite.

Su padre entendió que su primogénito no seguiría sus pasos y lo apoyó para que iniciase su andadura musical. A los trece años empezó su carrera de músico profesional. A los dieciséis ya estaba en Praga. Tuvo que ganarse la vida dando clases particulares de música, tocando la viola en la banda de un restaurante y en algún que otro foso de ópera. A los veinte ya está componiendo. Aun así, está lleno de dudas y sentido autocrítico. Destruirá muchas de sus obras de juventud. De hecho, las cuatro primeras sinfonías sobreviven de milagro. Una que da por perdida, otra que se queda en la imprenta, otra que guarda y olvida y otra que destruye, pero que un buen amigo ya le había hecho una copia.

Cuando la fama llegó a su vida, Dvorak tardó en asumirla. Brahms, que conocía al compositor y a su música, le presentó a su editor y consiguió que varias obras suyas se interpretaran en Alemania. Estos éxitos le llevaron a Inglaterra y finalmente a una invitación a Estados Unidos. Dvorak estaba agradecido de que su música fuese apreciada y por supuesto estaba contento con los ingresos que recibía. No obstante, seguía diciendo que era “un simple músico checo”. Su nacionalismo nunca fue marcadamente político, pero al viajar y conocer mundo, quiso poner de relieve su identidad checa y de donde nacía su inspiración y su música. Intentaron cambiar eso. Lo “invitaron” a vivir en Viena, a componer una ópera en alemán y sobornarlo con lujos

y fama. Se negó. Todas sus energías las dedicó, en ese momento, a una nueva obra sinfónica que le había encargado la Filarmónica de Londres. “En estos momentos estoy ocupado con mi nueva sinfonía y donde quiera que voy no pienso en otra cosa que en esta nueva obra que debe ser capaz de conmover al mundo; “¡qué Dios quiera que así sea !”, le escribió a un amigo.

La sinfonía nº 7 fue compuesta entre el 13 de diciembre de 1884 y el 17 de marzo de 1885. El propio compositor la dirigió con la Orquesta Filarmónica de Londres, el 22 de abril de 1885. Al mes siguiente, la revisó. La obra posee un mayor poder dramático, un sentimiento emocional más profundo y una amplitud de miras sin parangón, en todo lo que Dvorak había compuesto anteriormente.

La mejor, sin duda, de todo su corpus sinfónico. Trasciende, con toda su vena nacionalista, a ser universal.

El primer movimiento tiene un diseño clásico. Su llamativo primer tema es a veces oscuro, a veces misterioso, a veces triunfante y contrasta con el segundo tema alternativamente gentil, danzarín y feliz.

Reverencial y pastoral es el segundo movimiento. Calidoscopio de colores instrumentales, intrincado entrelazado de figuraciones, rico en contrapunto y disonan-

cias punzantes. Una melodía coral en los vientos es seguida por dulces cuerdas y un anhelante sólo de flauta.

Una elaborada danza checa (furiant) es la base del tercer movimiento. Impetuoso con sus ritmos sincopados, contiene un momento tranquilo y soleado en medio. Concluye con sus alegres ritmos cruzados y su naturaleza optimista.

El último movimiento cierra el círculo empleando materiales ya oídos en la sinfonía. Comienza de forma enigmática, aunque pronto surge la música con fuerza y energía. A medida que se desarrolla, Dvorak recuerda la vena patriótica del movimiento inicial, la reflexión lírica del Adagio y el entusiasmo del Scherzo.

El historiador y crítico musical Paul Stefan (1879-1943) dijo de esta obra que era “una majestuosa declaración espiritual”.

Sebastián León

© Marian Lenhard



Jakub Hrusa, Dirección



fest clásica

COLABORADORES



MEDIOS Y OTROS



CABILLOS Y AYUNTAMIENTOS



LA MÚSICA ES LA
ENERGÍA



QUE LLENA EL
ALMA